

SERMÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR
POR ROBERTO OCTAVIO GONZÁLEZ NIEVES, OFM
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO
VIERNES SANTO, 21 DE MARZO DE 2008

San Juan Crisóstomo, uno de los padres de la Iglesia, de una manera muy singular, describe lo que ocurrió un día como hoy, Viernes Santo. Nos decía este Santo:

“Imagínate que haya tenido lugar en el estadio una lucha épica. Un valiente se ha enfrentado a un cruel tirano de la ciudad y con enorme esfuerzo lo ha vencido. Tú estabas en las gradas como simple espectador; no luchaste; no te cansaste ni quedaste herido. Pero si admiras al valiente, si te alegras con él por su victoria, si trenzas coronas para él, si alientas y excitas para él a la concurrencia, si te inclinas con júbilo ante el vencedor y le besas la cabeza y le estrechas la mano, en una palabra, si te entusiasmas por él hasta el punto de considerar como tuya su victoria, yo te digo que tendrás parte en el premio del vencedor”.

Hoy nosotros, casi dos mil años después del primer Viernes Santo, nos encontramos en esta Santa Iglesia Catedral, reflexionando sobre los eventos que sucedieron en el Golgota en que luego de una dolorosa pasión, nuestro Señor, es elevado cruelmente en la cruz, donde muere por nuestros pecados.

Este día toda nuestra atención debe estar centrada en la cruz de nuestro Señor. Aunque ella nos recuerda muchas cosas, no debemos mirarla con sentimientos de pena, sino con sentimientos de agradecimiento y celebración. Hoy no recordamos a la cruz, hoy la adoramos, la celebramos porque en ella descansó la salvación del mundo. Ella es parte indispensable de la alegría pascual porque ella fue instrumento para la pascua de Jesús, en ella el cordero se inmoló y se dio el paso del Señor de la muerte a la vida eterna. Por lo que la cruz no debemos verla únicamente como símbolo de la muerte de Jesús, sino como símbolo de la pascua cristiana porque ella nos recuerda la victoria de Jesús, el cumplimiento de la voluntad del Padre, el perdón de nuestros pecados y la entrega a todos y a todas de María como madre de la humanidad.

Hoy la lectura se centra en la pasión del Señor. Se nos narra el asesinato de un inocente, en el que su juzgador dijo no haber encontrado delito alguno y lavarse las manos de la sangre de ese inocente. La muerte que le dieron a Jesús era la modalidad más humillante de matar a un ser humano. En tiempos de Jesús, la cruz era signo de maldición porque estaba escrito: “Maldito el que cuelga de un madero.” La muerte en una cruz estaba reservada para los malhechores más detestados por la sociedad. Su ejecución tenía un protocolo de manera que se hiciera de la manera más degradante posible: primero se azotaba al condenado a muerte; luego se le ponía a cargar la cruz hasta el lugar de la ejecución; se le desnudaba; se le clavaba al madero, en el cual se le hacía agonizar en medio de burlas y se producía la muerte debido a las convulsiones y sufrimientos.

Pero esa pasión que sufrió Jesús era una necesidad. Era parte del plan de Dios. El Mismo Jesús le dice a los discípulos de Emaús: “No era necesario que el Mesías soportara estos sufrimientos para entrar a la gloria de Dios (Lc.24, 26)” La pasión de Cristo, la cual estamos celebrando hoy era una necesidad para su camino a la gloria. Por eso es que quien moría en esa ocasión no era un malhechor más, ni era un bandido del montón. Era alguien que había sido crucificado porque hablaba de Dios; alguien que había sido crucificado porque llamaba a Dios “Padre,” porque hacía milagros, convertía el agua en vino, curaba a leprosos y a ciegos en sábado.

Por eso es que a la luz de la pasión y muerte de Cristo, la cruz adquiere un nuevo significado. Ya no es signo de maldición, ahora es signo de salvación. Por eso adoramos a la salvación que yace en la cruz.

Ahora, quisiera que reflexionemos todos sobre unos pensamientos del Papa Benedicto XVI sobre la cruz de Cristo. Estos se encuentran a lo largo de su libro: Jesús de Nazaret. El Papa nos habla de la cruz desde su experiencia de fe y nos la describe como un lugar exquisito de profunda experiencia cristiana. Nos dice el Papa que:

- A partir de la cruz y resurrección se hizo claro para los cristianos lo que había ocurrido: Jesús había cargado con la culpa de toda la humanidad
- El concepto de Mesías debe entenderse desde la totalidad del mensaje profético. El poder de Jesús no es poder mundano, sino el poder es la cruz y la nueva comunidad que nace de la cruz (p. 67)
- La cruz es el acto del éxodo, el acto del amor que se toma en serio y llega hasta el extremo y por ello es lugar de gloria, del autentico contacto con Dios que es amor (p. 101)
- Lo que comenzó en la zarza que ardía en el desierto del Sinaí, se cumple en la zarza ardiente de la cruz (p. 179)
- Es en la cruz que se descifran las parábolas de Jesús; es allí donde alcanzas la máxima claridad; en el interior de las parábolas está inscrito el misterio de la cruz (p.231; p. 234)
- El verdadero fruto de la vid es el amor que Jesús nos trae; el amor que se entrega en la cruz; que es el vino nuevo; el fruto verdadero es el amor que ha pasado por la cruz, por las purificaciones de Dios (p. 309)
- La cruz de Jesús es éxodo, un salir de esta vida, un atravesar el mar rojo de la pasión y un llegar a su gloria, en la cual no obstante, quedan impresos los estigmas.
- La transfiguración indica tiempo del Mesías, es tiempo de la cruz, y la transfiguración comporta ser abrazados por la luz de la pasión (p.367)
- Al quedar plasmado en la cruz: Jesús rey de los Judíos, la cruz es el trono de Jesús; es Dios que reina desde el madero; así es que la Iglesia celebra su reinado (p.373)
- Este Rey reina desde la cruz, de un modo totalmente nuevo; este Rey reina a través de la fe y el amor (p. 391)
- Cristo es el crucificado que reina desde el madero (p/ 393)
- En la Cruz, Jesús hace perceptible su condición de Hijo; la cruz es la verdadera altura, la altura del amor hasta el extremo; en la cruz, Jesús se encuentra a la altura de Dios, que es amor. Allí se le puede comprender; la cruz es la zarza ardiente en donde se nos revela al Padre

Queridos hermanos y hermanas, hoy Viernes Santo, a un día de la gran Pascua Cristiana veamos la cruz a la luz de la resurrección de Cristo como el lugar donde todo se ha cumplido, donde Cristo el nuevo Adán dijo sí a Dios y fue obediente; donde el nuevo Moisés abrió las aguas del mar rojo convirtiéndolas en las aguas dulces del bautismo; veamos la cruz como San Pablo que nos dice que la cruz es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Col. 1, 24) y que nos señala: Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ga. 6, 14).

Dentro de unos minutos elevaremos la cruz, y los que lo desean podrán venir a adorar la cruz. Acerquemos a ella como lo hizo Jesús: con obediencia, con fidelidad, con humildad, con entrega y pidamos que resplandezca en cada uno de nosotros el misterio de la Cruz para que ella sea la zarza ardiente que nos revele al Padre y sea ese éxodo que nos conduzca a la tierra prometida.

Volviendo al relato de San Juan Crisóstomo, contemplemos a la cruz como el lugar donde Cristo, venció con mucho esfuerzo el poder del maligno y destruyó la muerte eterna y nos abrió el paso para una vida eterna, resucitada y trasfigurada. ¡Creamos en la fuerza de la cruz!